

ritmo mental. Así, sus antiguas páginas sobre Quevedo, apenas se sienten, y son de lo más terrible que sobre el Siglo de Oro se ha escrito. Por nuestra parte, tanto nos seduce la insinuación fugitiva de Azorín como la evidencia valerosa de Blanco-Fombona.

La verdadera respuesta de éste consiste en decir que él, a su vez, prefiere, sobre Azorín, a Unamuno, a Pérez de Ayala, a Ortega y Gasset. Por nuestra parte, todos los colores excelentes nos gustan, cada uno en su tinte; no podemos resolver calidades en cantidades, no acertamos a preferir: ni el verde es más que el azul, ni éste más que el rojo, y ni siquiera éste más que el color de rosa.

Pero tampoco sería justo que las preferencias de Azorín nos hicieran olvidar sus deudas para América; deudas que él es el primero en reconocer. Más aún: deudas que, sin su propia declaración, no habríamos podido averiguar. Tan personal es así en todas sus obras, y a tal grado asimila y transforma las posibles influencias que ha ido recibiendo en el curso de su carrera. En *Los valores literarios* nos revela—, no lo hubiéramos sospechado, y aún nos resistimos a creerlo—, su deuda para con Fray Candil.

En realidad, de lo que se preocupa Azorín, es de España. Por eso se acuerda tanto de Francia; por eso, y por lo que le debe en la formación de su espíritu. Se acuerda de las cosas americanas cuando afectan a España. (Yo recojo con interés, en *Clásicos y modernos*, página 120, la decepción ante el hecho de que *Ercilla* no pinte el paisaje americano). En *Clásicos y modernos* también ha juzgado *La gloria de don Ramiro*, de Enrique Larreta, como obra de exageración en todos los sentidos de la palabra; y en el prólogo de no sé qué guía, la declara obra de poco sentimiento castizo. En *La*

Justicia y la Especie, agradece «al notable venezolano Pedro Emilio Coll» el descubrimiento del filósofo español Ramón Campos.

Yo hago un voto para terminar: que Azorín llegue a interesarse más intensamente por las cosas de América. Su mismo entendimiento de España se robustecería. Dígalo José Ortega y Gasset, para quien el viaje a la Argentina no ha sido ocioso—, ni pudiera ser de otra suerte en esa naturaleza activísima. De tiempo atrás, América ha logrado interesar a Unamuno. Baroja todavía se resiste, y (¿quién lo creyera en el intérprete del bárbaro

Avinareta?) habla todavía con sorna de las plumas de América. El día que conquistemos a Azorín—, dígolo como lo siento—, podremos enorgullecernos de haber ganado un noble testigo.⁽¹⁾

ALFONSO REYES.

(Del tomo *Los Dos Caminos*. Cuarta Serie de SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS. Madrid, 1923).

(1) Esta nota fué escrita hace años. Más tarde, Azorín, en las reuniones del P. E. N. Club, ha demostrado el más ardiente y vivo interés por América: está ganado. Hoy, 4 de julio de 1923, acabo de recibir unas líneas suyas, respuesta a cierto programa que le envié de una *Fiesta de la Danza y de la Canción*, celebrada en un pueblecito de indios, de México: «Querido Reyes: esos indios son la América—, la América directa—, que yo más quiero».

REFLEXIONES Y LECTURAS

La tragedia de Alemania

«Durante meses y meses se ha estado diciendo que Alemania iba derecha al caos. Se halla ya en pleno caos. Es un proceso silencioso de descomposición. Una tragedia sórdida, sin estallidos dramáticos, por el momento. Todo puede venir».

JULIO ALVAREZ DEL VAYO: Desde Berlín, en *El Sol*.

«... Soy, como usted, un admirador del genio que se ha manifestado durante una larga historia en el pueblo francés. Nadie puede negar los méritos que tiene Francia, la dulce Francia de antaño.... Pero, ¿por qué considera Ud. inferior la cultura alemana, aunque confiese que Alemania es también una de las columnas de Europa? Distintos son todos los hijos del gran Dios; no se asemeja el uno al otro. Y si alguien aprecia lo que ha dado al mundo mi patria alemana— y usted lo hace—, ¿por qué echarle en cara constantemente los defectos que tiene, o que tuvo, o que parece tener...?»

La queja llega hasta mí desde el mismo corazón de Germania. Allá, junto a las orillas del Saale, en Halle,

la ciudad universitaria, no lejos de la inolvidable Weimar, gloria del espíritu, un profesor sajón, el doctor Werner Mulertt, ha contestado en una sentida epístola a un viejo artículo mío de *La Libertad*. Las últimas noticias sobre la tragedia interior de Alemania hacen, para mí, más doloroso y más respetable ese noble reproche. Veo a mi amigo, el joven y docto filósofo, representante de esa clase media intelectual condenada al hambre y al frío mientras todavía el obrero come y el industrial especula. Le veo robar unos instantes a sus estudios sobre el *Amadis* para enviarme esa carta, franqueada con algunos miles de marcos... antes de que un nuevo decreto eleve el precio de los sellos en un dos mil por ciento.

«A mí me parecería más justo—añade el profesor de la Universidad hallense—decir en este crítico momento toda la verdad al pueblo español. Y es: que más seduce y fascina siempre al hombre de gusto el genio francés... y que se debe, sin embargo, confesar que en tal conflicto—el de la ocupación del Ruhr—los franceses tienen gravísima culpa».

Perdón, querido colega... Las culpas de los unos se engendraron fatalmente en las de los otros. ¿Quién, entre las grandes potencias, podría tirar la primera piedra?... Pero yo no voy a hablar de política internacional en estas líneas. No discutiré la cifra de la indemnización que debe satisfacer Alemania. Ni me preguntaré hasta dónde llega todavía su capacidad de pago. Ni compararé los puntos de vista de Francia y de Inglaterra sobre el problema

Si pesca un dolor de cabeza
tome Obleas Cefálicas

Tienen
cafeína

